UN DOMINGO EN VALLEJO

(ANTONIO LLORENS Y PEDRO URIS, 2014)

Qué grande es ser pequeño, qué grande es ser joven… y qué peligroso pueden resultar ambas cosas. Al menos eso piensas cuando eres precisamente eso, pequeño o joven. Y si no me creen, no tienen más que seguir leyendo.

Probablemente, era la temporada 1959-60. O la 1960-61. Si todavía estuviera con nosotros Salva Regües seguro que nos diría exactamente la fecha, la hora, el resultado… Lo que sí que creo recordar es que en la temporada anterior el Levante estuvo a punto de ascender a Primera División, pero otra Unión Deportiva, Las Palmas, arruinó la eliminatoria. Yo había nacido en 1952, en agosto, o en octubre, que tampoco lo recuerdo muy bien, pero en cualquier caso, era un niño. Un niño pequeño y bizco. Mi hermano tenía nueve años más que yo, era un adolescente. Un adolescente provocador y choto. Lo primero no sé de dónde le venía, pero lo de choto lo había heredado de nuestro papá, un rojo del Cabanyal, nacido en 1910, soldado republicano cuyo hermano pequeño, de la quinta del biberón, había desaparecido en la guerra civil. Desaparecido era un eufemismo para no decir muerto. Pues bien, ese señor del Cabanyal se había convertido en hincha del Valencia C.F. en el campo de Algirós, contra la corriente natural de sus familiares y amigos. Nunca nos contó el motivo, aunque siempre he sospechado que fue un poco para hacer la puñeta. De buen rollete, pero puñeta al fin y al cabo. El caso es que contagió esa inclinación a sus hijos y a un sobrino por el sencillo procedimiento de llevárselos al campo. A veces, la pasión surge así, por un gesto, y dura toda la vida.

Pero mi padre era un choto un poco raro. Un choto que frecuentaba Vallejo, alternando las citas de los domingos, cada quince días Mestalla, cada quince días, Vallejo. Todavía no sé por qué aquel día me coloqué al lado de mi hermano, detrás de la portería que defendía el Levante, en lugar de quedarme en tribuna con mi papá. La verdad es que era un gusto estar tan cerca del área, casi de la mano de mi hermano…

casi de la mano del guardameta, entonces lo llamábamos portero, ya fuera el propio o el rival. El partido enfrentaba al Levante con un Mestalla que pasó también muchos años en Segunda División. Era un partido de Liga, no sé si se jugaban gran cosa, probablemente no, ni recuerdo que hiciera frío, probablemente tampoco, en Valencia casi nunca hace frío. En cualquier caso, lo que sí que recuerdo es que el ambiente estaba suficientemente caldeado.

Entonces llegó el momento fatídico. Un jovencísimo Vicente Guillot, *Guillotet*, delantero del Mestalla con apenas dieciocho años, avanzaba ágil conduciendo el balón, regateando y entrando en el área, hasta recibir una entrada por parte de un veterano defensa del Levante, posiblemente Vicente Camarasa, nacido en Rafelbunyol en 1935, un *mayorote* a los ojos de un bebito como yo, y entonces -ni corto, ni perezoso- mi hermano, por aquello de choto y sobre todo por lo de provocador, gritó: "*Fill de puta*, asesino…" Se armó un revuelo en la grada, varios aficionados granotas se abalanzaron sobre él, le cogieron del cuello, le reprendieron sus palabras… Yo, en la confusión, sólo miraba. No sabía qué hacer, ni qué decir. Hacía cuentas de que ahí perdía un hermano para siempre. ¿Cómo sería el resto de mi vida sin aquel hermano? ¿Me esperaba una infancia trágica y de luto o el suceso me proporcionaría una triste fama en aquellos oscuros años? Corrían esos pensamientos por mi cabecita cuando me fijé en un aficionado que alentaba la agresión con un contundente "¡Mátalo!". Mis ojos cruzados y su mirada se encontraron, creí reconocerlo… Entonces él asoció ideas e identidades y cayó en la cuenta de que el adolescente y el niño éramos sobrinos terceros o cuartos, y cambió de actitud. Intervino para separar, cortar la pelea y apaciguar los ánimos, con un igualmente contundente "*Deixa al xiquet, home, que no es més que un crío*", unas palabras que sonaron a ungüento. Tuve hermano casi treinta años más y mi papá apenas se enteró de lo ocurrido, y eso que la trifulca había llamado su atención desde la tribuna.

Unos días más tarde me llevaron al cine. Fui a ver “Es grande ser joven”, una divertida película protagonizada por John Mills. Decidí que en los cines se estaba mejor que en la grada, sobre todo si como acompañante tenía a mi conflictivo hermano. Desde entonces no dejé de ir al cine y muchas noches de verano acudía a la terraza Vallejo, donde las peleas y las broncas, el humor y las canciones sólo tenían lugar en la ficción. En la pantalla. Claro que las historias del cine también tenían su peligro, pero eso es otra historia. Otra pasión, si lo prefieren.